

# grandes novelistas

PÄR LAGERKVIST

LA TIERRA  
SANTA

Juntamente con *La muerte de Ahasverus* y *Peregrino en el mar*, el presente relato integra una trilogía en cuyo desarrollo Par Lagerkvist, honrado con el Premio Nobel 1951 por su celebrada novela *Barrabás*, exhibe los rasgos más característicos que distinguen su producción: culto del símbolo y de la alegoría, elevado sentido poético traducido en situaciones y personajes, inquietud metafísica ante el misterio que rodea la condición humana.

*La Tierra Santa* es un magnífico fresco en el cual el arte del escritor ha reunido, con su proverbial sencillez estilística, un conjunto de elementos estéticos y filosóficos plenos de originalidad. Lagerkvist sabe expresar, como pocos, la conjunción entre la claridad de la forma y el sentido oculto de su pensamiento, siempre más sugerido que formulado. El cuadro que componen estas páginas cautiva por su colorido arcaico, unas veces legendario y pastoril, en tanto en otras prevalece un clima de marcada sugestión bíblica.

Par Lagerkvist ofrece su mensaje con sencillez rayana en un primitivismo del que participan tanto los personajes como el contorno en el cual aparecen recortados.

Giovanni había envejecido y cuando dejó de ser útil a bordo, por haber perdido la vista, lo desembarcaron en una costa que parecía desierta; obligaron a Tobias a que lo acompañara. Había comenzado a anochecer y Tobias, que a pesar de la oscuridad algo lograba ver, trató de encontrar algún refugio donde pudieran pasar la noche. Pero no se divisaba nada parecido. Lo único que podía distinguirse en aquel desolado paisaje eran los restos de enormes columnas medio derruidas cuya antigüedad se destacaba sobre el borroso cielo nocturno. En realidad no ofrecían ninguna protección contra el fuerte viento y el frío de la noche, pero como no se encontraba otra cosa para allí se encaminaron. Llevando al ciego de la mano, el peregrino Tobias se dirigió hacia aquellas ruinas abandonadas en la interminable playa donde no crecían más que cardos entre los altos yuyos secos. El ciego le preguntó a qué clase de vivienda lo conducía pero Tobias no podía contestarle porque nunca había visto nada semejante.

Cuando llegaron había anochecido por completo y tuvieron que andar a tientas entre las columnas, tropezando en las piedras que les interceptaban el paso y les oponían toda suerte de obstáculos para que pudieran ganar el interior. Finalmente, al abrigo de algo que parecía ser los restos de algún muro encontraron un lugar donde acostarse y, extenuados como estaban, se durmieron en seguida.

A la mañana siguiente se despertaron temprano y Tobias se sorprendió al ver lo que les había servido de refugio nocturno.

—Esto no puede haber sido una vivienda humana —dijo—, y trató de describirle al ciego lo que veía.

Éste se levantó y empezó a caminar y a palpar con sus viejas manos las macizas columnas que se alzaban hacia el cielo.

—No, no puede ser —dijo también él—. Debió ser un templo. Pero un templo para un dios que ya no existe. Sospecho que no ha quedado piedra sobre piedra.

Se detuvo y miró en derredor como si no hubiera estado ciego y pudiera comprender el significado de las ruinas que los circundaban.

—¿Crees que estuvimos tanto tiempo en el mar que ahora todos los templos se hallan abandonados y destruidos? ¿Y todos los dioses muertos?

—¡Serías realmente capaz de deseirlo! —exclamó Tobias, y su voz denunciaba su turbación.

—Sí. Claro que sí.

Tobias evitó encontrarse con los ojos del ciego que, vacíos e inexpresivos, se habían vuelto hacia él.

—Tal vez tus deseos se han cumplido —dijo. Miró a lo lejos por entre las derruidas columnas, hacia el paisaje cuya completa soledad era en cierto modo impresionante.

—Voy a buscar algún leño para que podamos encender el fuego —comentó— es una madrugada muy fría.

Era como si en los alrededores del templo hubiera existido alguna vez un bosquecillo. Quizás fueran los árboles sagrados del dios. Por todas partes se encontraban troncos y restos de árboles, ya casi podridos; sobre todo raíces que salían y entraban de nuevo en el suelo, enroscándose como serpientes enfurecidas entre los altos cardos que crecían por todas partes. Tal vez el bosque debió haber sido destruido en alguna ocasión por un incendio porque las raíces estaban negras, como quemadas por el fuego. Tobias arrancó algunas, tarea más o menos fácil, aunque era difícil encontrar algunas que no estuvieran podridas por completo. Cuando las arrancó, todas tenían el mismo color oscuro

de la tierra donde habían crecido. Recogió también unas cuantas ramas secas que pudo encontrar para poder encender con más facilidad el fuego. Hecho eso regresó al templo y al lado del ciego.

El viento soplaba sin cesar pero al fin pudo encenderlas junto al muro. Pero las ramas estaban tan húmedas y podridas que arrojaban mucho humo, y apenas daban una llamita, y algunas se deshacían como si fueran de tierra. Por supuesto, más valía eso que nada. De todos modos era el fuego que habían conseguido encender y Tobias lo cuidaba, temeroso de que se apagara.

A juzgar por los restos de los muros, el lugar donde se encontraban debió haber sido alguna vez un recinto, no muy grande en relación con la extensión de las ruinas, un recinto sagrado en el interior de la doble hilera de columnas de las que tan poco quedaba aún en pie. El muro estaba casi por todas partes al nivel del suelo pero se conservaba una de sus esquinas y fue allí donde encontraron protección durante la noche y donde ahora encendieron el fuego. Allí se sentaron tratando de calentarse un poco.

Al cabo de un rato se sorprendieron mucho al oír el ruido de unos pasos que se acercaban y voces de personas que hablaban en voz baja. Poco después aparecieron dos hombres, avanzando entre los bloques hasta las columnas y allí se detuvieron sin decir nada. Estaban cubiertos con una especie de túnicas desteñidas y llevaban en las manos un cayado, como si fueran pastores. Que eran pastores quedó pronto evidenciado cuando apareció una cabra que los seguía y se quedó, con el mismo asombro que ellos, contemplando con sus ojos amarillos a los forasteros y al fuego. Los hombres se aproximaron, vacilantes, hacia Tobias y el ciego y se sentaron junto a la lumbre. Dijeron que habían visto el humo y que estaban muy sorprendidos por el hecho de que alguien pudiera encontrarse allí, alguien que se hubiera refugiado en ese lugar de antiguas columnas abandonadas.

Hablaban con voz tranquila y sus afilados rostros tenían una expresión amistosa, lo mismo que sus miradas apenas melancólicas. La cabra empezó a morder las ramas secas que descubría en ese recinto que quizás fue sagrado alguna vez. De tiempo en tiempo levantaba la cabeza y los miraba con sus viejos ojos.

Giovanni preguntó qué era en realidad ese extraño lugar y si era un templo.

Los pastores se miraron entre ellos y luego uno contestó que no lo sabían. Tal vez lo fuera. Pero ellos no sabían nada de eso.

Las columnas habían estado siempre allí, en ese lugar. Pero por qué estaban allí lo ignoraban por completo.

—Lo que nos resultó extraño fue que de repente, esta mañana, nos pareció que alguien vivía aquí, que alguien había encendido un fuego entre estos pilares como para vivir entre ellos. Es por eso que vinimos.

—Sí, tal vez parezca extraño —respondió Giovanni—. Pero no pudimos encontrar nada mejor, ninguna vivienda humana. ¿Saben ustedes a qué dios estaba consagrado este templo?

—¿A qué dios?

—¿A qué dios? —repitió también el otro pastor, muy sorprendido.

—No, de eso no sabemos nada.

Todos permanecieron un rato en silencio. Luego uno de los pastores, en forma cautelosa y vacilante, les preguntó cómo habían llegado hasta allí y de dónde procedían.

—Claro está, en caso de que ustedes quieran decirnos eso —murmuró el otro.

Giovanni contestó que habían llegado del mar. Desde las lejanías del mar.

Los pastores parecieron muy sorprendidos ante esa respuesta, como si se tratara de algo completamente inesperado. Y Tobias, que era el que podía observar esa reacción, no alcanzaba a comprender el motivo de ese asombro.

—¿Nunca ha sucedido, antes de ahora, que alguien llegara hasta aquí desde el mar? —inquirió.

—No, jamás.

—Un barco nos dejó aquí, abandonados —explicó Giovanni al cabo de un rato.

—¿Un barco?

—Sí.

—¿Barco?

—Sí. Alguna vez tienen que haber visto ustedes un barco en el mar. Si es que no vienen también aquí.

—No. Nunca.

—Es extraño.

—Muy extraño —murmuró también Tobias para sí mismo.

—¿Por qué quisieron ustedes quedarse aquí?

—No lo quisimos. Fue contra nuestra voluntad.

—¡Ah! Fue así.

Los pastores cruzaron entre sí una mirada de entendimiento.

—Ustedes no querían quedarse aquí. Ya... Comprendermos.

—Ustedes viajaban por el mar, iban a otra parte, hacia algo distinto. Y en cambio los dejaron aquí.

—Sí, sin alimentos, sin nada para poder subsistir —dijo Tobias, indignado—. Apenas un pedazo de pan —siguió diciendo y sacó de un bolsillo el trozo de pan—. Y a este pedazo lo guardo para que nos ayude a encender el fuego.

Los pastores se apresuraron a sacar grandes porciones de queso de cabra que llevaban en unas bolsas de cuero que les colgaban del cinturón que ajustaba sus ropas y se los alcanzaron a los dos forasteros. Y Tobias y el ciego empezaron a comer. Era como si hubieran pasado mucho tiempo sin probar bocado, siendo evidente que el queso fresco y dulce les agradaba bastante. Apretaban el queso en una mano y el pan en la otra, y se hallaban tan entrega-

dos a saciar su hambre que ni se les ocurría dar las gracias a quienes les habían dado ese alimento.

Los pastores parecían muy interesados mientras los veían comer, se miraban moviendo la cabeza de arriba abajo y se pusieron a conversar entre ellos en voz muy baja.

Al cabo de un momento, Tobias los miró y les preguntó:  
—¿Qué pasa?

Los pastores permanecieron callados un momento pero por fin decidieron preguntarles si les permitían ver qué era eso que estaban comiendo. No se referían al queso que acababan de darles, por supuesto, sino a lo que tenían en la otra mano.

Cuando ambos tomaron y examinaron el pedazo de pan, los dos se apresuraron a devolverlo.

—¿Es que ustedes no han visto hasta ahora nada parecido?

—No. Una cosa así no hemos visto jamás.

—¿De qué viven ustedes, entonces?

—Oh, tenemos leche y queso, y también comemos la carne de las cabras y de los corderos. Pero algo como eso que ustedes comen no hemos visto nunca.

Tobias les invitó a que probaran el pan pero los pastores se rehusaron, de ninguna manera quisieron aceptarlo.

Cuando terminaron de comer empezaron a conversar de otra cosa.

—Tiene que haber sido mala gente la que se portó así con ustedes.

—Ajá —murmuró Giovanni—. Así es.

Pero Tobias, excitado, comenzó a hablar lleno de indignación diciendo que eran unos delincuentes, unos criminales, que la tripulación del barco era un montón de...

Giovanni trató de serenarlo y dijo que eran como la mayor parte de la gente, y se limitó a sacudir despectivamente los hombros como único comentario a las maldiciones de Tobias.



—Por otra parte, nosotros mismos éramos como ellos —murmuró—. Nosotros también pertenecíamos a la tripulación.

—¿Cómo? ¿Ustedes también eran como ellos?

—Sí. Así es. No hay por qué ocultarlo. ¿No es así? —continuó volviéndose hacia Tobias—. ¿No es ésa la verdad?

—Sí —respondió Tobias, en voz baja. Quedaron callados durante un rato.

—¿Pero adónde iban ustedes? —preguntó uno de los pastores—. ¿Adónde iban en un barco semejante? ¿Con tal gente a bordo?

Ninguno de los dos se apresuró a contestar esa pregunta. Tobias dejó caer su mirada al suelo y el ciego, cuyos ojos se habían vuelto hacia los pastores, se quedó como si mirara fijo delante de sí.

—A Tierra Santa —dijo de repente Tobias con una voz sorda e inexpresiva, como si no hubiera querido pronunciar ese nombre.

—¿La Tierra Santa?

—¿La Tierra Santa? ¿Qué tierra es ésa?

Pero esta pregunta quedó sin respuesta. Los pastores repitieron la pregunta una y otra vez, interesados por saber algo de esa tierra de la cual nunca habían oído hablar, pero Tobias no contestó nada, ni siquiera alzó su mirada, y el ciego siguió sentado, mirándolos con sus ojos sin vida.

—La Tierra Santa —murmuraron entre sí los pastores, y luego ellos también permanecieron en silencio. Era visible que tenían muchos deseos de saber algo de esa tierra de tan extraño y desconocido nombre, pero no podían saciar su curiosidad. Tal vez los dos forasteros tampoco sabían nada de ella ya que nunca estuvieron allí, ya que nunca pudieron llegar hasta ella.

Tal vez fuera una tierra en la que nunca estuvo nadie.

Volvieron a sentarse y quedaron un tiempo sin hablar. Con su tranquilo y pacífico modo de ser, los pastores parecían acostumbrados a sentarse juntos y quedarse en silen-

cio. Eran unos hombres viejos y gastados y sin embargo había algo en ellos que era como si no tuvieran edad, algo que hacía imposible adivinar qué edad podían tener.

Por fin uno de ellos, volviéndose hacia Giovanni, le preguntó:

—¿Tú no eres ciego?

Giovanni hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Cómo has quedado ciego? —preguntó el otro.

—No sabemos cómo —se apresuró a contestar Tobias antes que pudiera hacerlo el ciego—. Tal vez alguien se ha vengado de él.

—¡Ah! Es así. ¿Quién puede ser?

—Y, quizás Dios.

—¿Dios?

—Sí. Pero de eso no tenemos ninguna seguridad.

—¿Por qué tendría que vengarse Ese que tú has nombrado?

—Porque blasfemó contra Él. Pero, como he dicho, no tenemos ninguna seguridad de que así sea. Puede ser que sólo se trate de una ocurrencia mía.

Uno de los pastores se volvió hacia el ciego.

—¿Y tú, qué piensas de eso?

—Yo dudo que exista Ese de quién él está hablando. Pero si existe puedo creer que tiene razón.

A Tobias pareció inquietarlo esa respuesta y pareció considerarla como si fuera una blasfemia. Los pastores tampoco parecieron satisfechos con esa forma de hablar del ciego. Se quedaron mirándolo, observando su rostro enérgico y envejecido, su cuerpo fatigado y grande. Su ancho pecho velludo sobre el cual, entre los pelos grises, colgaba de una gastada cadena algo que les despertaba curiosidad.

—¿Qué es eso que le cuelga sobre el pecho? —preguntaron a Tobias de modo que el ciego no pudiera oírlos.

—Es un medallón —contestó Tobias. Fue como si no hubieran comprendido.

—¿Un medallón? ¿Qué es eso de medallón?

—Bueno, en realidad es algo que no tiene nada de extraordinario. Pero en él se acostumbra guardar algo que puede ser muy valioso y muy querido para el que lo usa. Por eso se lo lleva sobre el pecho, apretado contra el corazón, porque es algo de lo cual uno no quiere separarse nunca.

—Ah, sí...

—¿Y qué es lo que él guarda allí?

Tobias eludió la respuesta.

—Comprendemos. Debe ser un secreto.

—Sí.

—¿Tú sabes lo que guarda? ¿O él es el único que lo sabe?

Tobias permaneció un momento callado.

Luego respondió:

—Está vacío.

—¿Vacío?

—Sí.

—Vacío...

—¿Entonces no tiene ningún valor?

—Eso es lo único que posee, y a menudo he observado que tiene miedo de perderlo. No creo que pueda vivir sin él.

—¿Aunque esté vacío?

—Sí.

—¿Qué extraño!... ¿Cómo puede atribuirle tanto valor si está vacío? ¿Si no guarda lo que se desearía guardar en él?

—Es algo que no entendemos. ¿Podrías tú explicarnos eso?

—No todas las cosas pueden explicarse. Son así, nada más.

Los pastores quedaron en silencio. Sus pequeños ojos serios y cansados miraban eso que colgaba entre los pelos grises del pecho del anciano pero ya no preguntaron más.

—Sí, sí —murmuraba uno de ellos—. Eso es verdad. Hay muchas cosas que no tienen explicación. Son como

son, y nada más.

De nuevo se oyeron pasos y voces, y un ruido de pezuñas fuera del templo. Debían ser otros pastores que llegaban con sus animales, atraídos por el humo del fuego. Las cabras se amontonaban entre los bloques y asomaban sus cuernos puntiagudos entre las columnas, observando a los dos forasteros con sus miradas penetrantes. Evidentemente, era a ellos a quienes observaban y no a los dos pastores que fueron reconocidos en seguida, su curiosidad se centraba sobre esos dos seres diferentes de los que estaban acostumbradas a ver. Afuera fue juntándose también un hato de ovejas que empezaron a arrancar las hierbas secas sin mirar para nada en derredor, y sin entrar al templo como las cabras. Los hombres también empezaron a dejarse ver y fueron acercándose rodeando a los otros cuatro junto al fuego. Al aproximarse saludaban pero no decían nada y fueron sentándose en semicírculo, con las piernas cruzadas y los cayados sobre las rodillas. Parecían tener la misma edad que los otros dos, pero si era o no así resultaba muy difícil saberlo ya que todos tenían una edad indefinida y sólo podía afirmarse que no eran ni jóvenes ni de mediana edad pero que habían vivido mucho.

Los recién llegados no querían mostrarse sorprendidos delante del par de forasteros y por consiguiente no hicieron ninguna pregunta. Mas al cabo de un rato los dos pastores que fueron los primeros en descubrirlos empezaron a referirles cuanto sabían sobre Tobias y sobre el ciego y su extraño destino. Los otros los escuchaban con mucha atención y también se mostraron muy asombrados ante eso de que los forasteros habían llegado del mar, como si del mar no pudiera esperarse nada en absoluto. Pero lo que mayor asombro les causó fue oír que en realidad iban en camino de la Tierra Santa, dirigiéndose hacia algo que podía llamarse así.

—¿La Tierra Santa? —repetían en voz baja, mirándose unos a otros, sorprendidos. ¿Qué clase de tierra era ésa? De buena gana hubieran deseado saber qué era eso, oír hablar algo de eso. Pero los dos pastores abandonaron el tema sin dar mayores explicaciones, sin agregar nada sobre ese curioso nombre. Tal vez porque ellos no sabían nada y quizás también porque los mismos forasteros lo ignoraran puesto que nunca habían estado allí, ya que hacia allí iban por primera vez. ¿La Tierra Santa...?

Todos se quedaron meditando sobre lo que esa tierra podía ser.

—¿Santa? ¿Qué es eso? —preguntó uno de ellos mirando a Tobias y al ciego con sus dulces ojos viejos. Pero se quedó sin obtener respuesta.

Después les contaron también lo del medallón que el ciego llevaba sobre el pecho, ese medallón que estaba vacío pero que a pesar de todo el ciego tenía miedo de perder; el medallón que pudo contener algo muy valioso pero que aun sin ser así, era de tanta importancia conservar. A pesar de llevar algo tan imprescindible sobre el pecho, el ciego no era un hombre feliz y además había sido objeto de la venganza de un desconocido, siendo ésta la razón de su ceguera.

Giovanni parecía indiferente a cuanto se hablaba al respecto, pero si se sentía en realidad indiferente, era algo que no podía saberse.

Un rato después dejaron de hablar y permanecieron callados guardando un silencio al que sin duda alguna estaban habituados. Al partir formularon amables ofrecimientos de ayuda a los forasteros en todo lo que estuviera a su alcance... lo que no era mucho, por lo cual pedían disculpas. Y, dicho eso, se fueron. Las cabras, que estuvieron dando vueltas por el templo, frotando los hocicos contra las columnas y olfateando por los altares, los siguieron. Se alejaron saltando con agilidad por encima de las piedras hasta que el hato, rodeando a los pastores desapareció poco a

poco sobre la llanura. Giovanni y Tobias se quedaron sentados junto al fuego.

Allí permanecieron hasta que se apagó la última llama, y la única novedad que se produjo fue que un hombre completamente calvo asomó su cabeza de pájaro por entre los pilares del templo y los observó con sus agudos ojos de ave de presa. Después desapareció sin ser advertido. Tobias no lo vio: sólo los ojos del ciego se dirigieron hacia él sin poder verlo.

Ahora Tobias y Giovanni vivían entre los pastores y compartían su existencia en la desolada y ventosa costa marina sin tener que cuidar ningún hato, refugiados en los restos del viejo templo y no en una de esas chozas de ramas y greda parda que construían para sí los pastores y que apenas si se distinguían cuando uno paseaba la vista por el paisaje con el cual se confundían. Los pastores los visitaban a menudo llevándoles quesos y leche de cabra, chalana, y a veces también carne fresca, que Tobias podía cocinar en el fuego. De vez en cuando les llevaban también algunas hierbas de distintas clases, enseñándoles a preparar con ellas unas sopas que resultaban muy apetitosas y que, según decían, eran muy saludables. Eran hierbas que sólo se conseguían en determinados lugares difíciles de encontrar, sobre todo aquéllas que daban mejor gusto. Cuando Tobias preguntaba cómo se llamaban le respondían que ellos no les daban ningún nombre, lo único que sabían era dónde encontrarlas. Quizá en algún tiempo pasado tuvieron un nombre, pero esos nombres se habían olvidado. Durante esas visitas los pastores solían sentarse y charlar en amable camaradería, no mucho rato pero sí el tiempo suficiente para demostrarles que a pesar de ser más bien taciturnos les agradaba conversar con ellos. En la conversación les hablaban de su vida, les contaban cuáles eran sus quehaceres diarios y que con mucha frecuencia tenían que llevar sus animales a unos extensos campos donde había buenos pastos. Lo más difícil era encontrar el agua que necesitaban las bestias porque el viento permanente secaba las fuentes.